



Desde Caracas



“¡Estamos bien!” Este mensaje de alivio ha sido el que más veces he compartido desde que el pasado miércoles a las 18:05 me sentí sacudida en Caracas por el enjambre de terremotos que ha devastado la costa de la Guaira y edificios de varios distritos de la capital venezolana. Treinta y nueve segundos de pánico daban inicio a lo que vendría después: dolor, impotencia, desesperación... y más variables de la misma música que tristemente lleva años siendo la banda sonora de todo un pueblo, de varias generaciones.

Que los edificios no iban a estar preparados para algo así, ya podía haberse adivinado. No está a punto nada de lo que depende de la gobernanza de este rico país saqueado durante años, y que es obligación de quienes supuestamente están al mando.

Que su gente iba a estar a la altura de la solidaridad necesaria, va en el ADN de todo aquel que se siente venezolano de verdad o de adopción.

Mis hermanas misioneras viven y trabajan, desde hace años, en un colegio en el barrio de San Bernardino. A “una par de cuadras”, como dicen ellas, se ha organizado ahora un refugio para más de cuarenta personas desalojadas de sus edificios entre las que hay varias familias de nuestro colegio. Acercarse a verlas, a abrazarlas no es mucho pero nos conecta con lo que es esencial: poner en práctica esa pedagogía del cuidado de la que a tiempo y a destiempo uno habla, educa e intenta vivir. De regreso a casa, el barrio se ha convocado para rezar junto en la calle. No importa si crees o no, lo que importa es sentirse vivo y conectado.

Tenemos las paredes del colegio rotas y ahora requiere coserlas para que en septiembre se pueda empezar el curso escolar. Para mí son imagen elocuente de la fractura que se alberga en el interior de todos aquellos que llevan años sosteniendo una Venezuela a la que hoy el mundo entero quiere llegar para echar una mano. Aquí la gente está acostumbrada a sostenerse y a no esperar nada de ese “arriba” tóxico del que me niego a hablar porque enciende la rabia y el mal coraje. Aquí la cosas, ¡desde hace cuánto!, se sostienen desde abajo pero ahora se necesita el hombro internacional en el que sostenerse, desde el que apoyarse, y con el que salir definitivamente adelante.

Ojalá ese “estamos bien” que posteo una y otra vez en mi whatsapp sea el inicio de algo distinto que no dependa solo de la buena voluntad de las personas. Ojalá aquel dicho de nuestras abuelas, “no hay mal que por bien no venga”, augure nuevos aires desde los que respirar a pulmón. Mientras y en Caracas, seguiremos enjugando lágrimas y, a su vez, cuando resigamos con las manos y la mirada las grietas de las paredes de nuestros edificios, confiaremos una vez más en que toda herida cicatriza. ¡Esta tierra lo merece, esta gente lo espera!